

La Justicia Electrónica

“Sujétalo y acabemos de una vez,” ruge la voz que proviene de un lugar distante impreciso. Todo huele a químicos asépticos. Todo huele mal. Es el hedor del quirófan. Me siento mareado, desorientado. Una luz ardiente y cegadora me hiere los sentidos. Tengo ganas de esconderme en cualquier lugar. Quiero ocultar mi desnudez. Me siento vulnerable. El brillo de la luz aguda y achicharrante me penetra y me descubre el alma. Soy un pedacito de carne en una tabla de cocina. Todo el ambiente se consume en una frialdad brillante y abrasadora. Todo parece vago y confuso menos la luminosidad que domina y define el ambiente en el cual me encuentro. Un cansancio pesado me abruma. El resplandor no deja que yo me duerma ni un instante. Tengo que descansar.

“Ponle a él la inyección y procedamos con la terapia,” la voz me saca de mi ensimismamiento. “Él va a necesitar al menos treinta minutos para el día de hoy.”

Algo me pica en el brazo derecho. Es la aguja de la jeringa. Siento el líquido tibio fluir por mis venas. Es un sedante el cual supuestamente constituye una parte integral de la terapia. Las gafas que me acaban de poner me impiden que yo vea lo que está sucediendo a mi alrededor. Le toca a mi imaginación construir el escenario. Siento que alguien me está tocando. Es sin duda la enfermera. Mi olfato le delata y me deja saber que se trata de una mujer. El olor de su perfume en combinación con los químicos asépticos aumenta la sensación de náusea que me aflige. En este momento la enfermera está enchufando los cables de una computadora a las gafas electrónicas que llevo puestas y que me sumergen en una oscuridad total.

“Señor Jones, ¿me puedes oír? Esta vez la voz pertenece a una mujer joven que suena dulce y reconfortante en comparación con la voz ronca y severa que hace un momento gritaba unos órdenes del más allá, en un lugar distante al borde de la realidad. “¿Me puedes hacer el favor de contar de uno a veinte, señor Jones?”

“Uno, dos, tres, cuatro...” Me echo a contar como quiere la enfermera que lo haga. Las gafas cobran una vida propia y todo mi campo visual se llena de imágenes y sonidos. Al principio, las imágenes y sonidos no tienen sentido. Todo está borroso e incierto. No puedo ver muy bien lo que está pasando. Oigo las voces. Las reconozco.

“Apúrate Jenny. Ya es tarde. Vamos,” chilla una voz femenina. La voz es mía. No, no puede ser. Soy un hombre. Espera...esa voz femenina me pertenece. Soy yo... Le estoy diciendo a mi mejor amiga Jenny que se apure. Queremos sacar dinero del banco para poder ir al cine. Tenemos que encontrar un ATM y sacar dinero pero bien aprisa si queremos llegar al cine a tiempo para ver el film. Ahí viene Jenny. Ya era hora

Siempre llegamos tarde sea lo que fuera la ocasión gracias a mi mejor amiga. Así es Jenny. La veo. Todo esto me resulta como un recuerdo... como si lo hubiera visto todo anteriormente.

“No hay necesidad de gritarme si ya voy,” me contesta Jenny al salir de la casa por la puerta principal. Su imagen llena todo el espacio que me proporcionan las gafas electrónicas. Es mi mejor amiga. Vamos rumbo al cine para ver un film. Ella se ve distinta hoy. Se viste de una falda, cosa que casi nunca hace. Pues, ni modo. Generalmente ella se viste de blue jeans y una camisa de mezclilla. Se nota también que lleva el cabello en trenzas, que es otra cosa que nunca hace. Bueno, de todos modos, hoy no es un día cualquiera para ella. Acaba de graduarse de la universidad. Ojalá que tuviera tanto éxito en mi pinche vida de mierda.

Vamos a ver una película para celebrar el hecho de que se graduó. Ella tiene el futuro por delante. Piensa trabajar como maestra de primaria. Todo le resulta a ella tan fácil. Ya sabe lo que va a hacer el año próximo. ¿Y en cuanto a mí? Yo no sé nada. Mi futuro es incierto. No sé lo que quiero hacer con mi vida para ser sincera. Nomás sé que quiero disfrutar de la vida tanto como me sea posible. Eso sí yo sé con toda seguridad. Me quedan por lo menos dos años de estudio en la universidad. Nomás sigo la corriente. Así es mi vida. No quiero pensar en el futuro. Mi mundo es el presente. El presente me pertenece. Lo tengo bajo mi control. ¿Y el futuro? Bueno, se ve como una amenaza distante e insegura. Pues, ni modo. Me alegro de que Jenny ya tenga su futuro bien planeado.

“Y ahora eres tú la que se hace la tortuga,” me regresa a la realidad la voz de Jenny. “Nunca vamos a llegar a tiempo a menos que subas al pinche carro.”

Me subo al auto y arranco el motor. Tengo que acordarme de no manejar tan rápido porque ya recibí tres multas este año por manejar a una velocidad mayor que la permitida bajo la ley. Este carro deportivo que me regalaron mis jefes ya me ha costado mucho. Tengo que manejar con más cuidado.

“Señor Jones, ¿Me puedes oír? la voz viene de la nada. Es la voz de Dios. No, es una voz femenina y definitivamente humana. Me cuesta trabajo identificarla. Oh, sí, sí... es la voz de la enfermera. “Señor Jones, tienes que estar tranquilo. Te moviste y desenchufaste los cables. Cálmate, por favor y trata de no moverte demasiado. Va a haber otra picadura. ¿Me puedes contar de uno a veinte otra vez?”

Apenas puedo prestar atención a la voz. Me siento cansadísimo. ¿Por qué me dice señor Jones si soy Susan Scott. Mi nombre es Susan Scott. No. Espera. Soy Thomas Jones. Soy Thomas Theodore Jones. Soy el hombre condenado a este maldito castigo por haber causado la muerte de... No. Soy Susan. El mundo de las gafas es el

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

mundo real. No hay nada afuera de esto. La vida de afuera no es vida. Es la muerte. llamo Susan... no soy Thomas. Otra vez esa voz. Déjame en paz. Déjame en paz. Quiero descansar. Quiero...

“Mister Jones, ¿me puedes contar de uno a veinte?”

“Uno, dos, tres, cuatro...”

“Muy bien, señor Jones, cálmate y cuenta... Así es.”

“Cuidado con tu velocidad. No hace falta otra multa. Carajo.”

“Pierde cuidado. Manejo bien.”

“Contigo es imposible manejar a baja velocidad.”

“Te digo que manejo bastante bien, gracias.”

El carro dobla a la izquierda y entra en un estacionamiento donde hay un ATM. Jenny habla que habla. Está quejándose de un profesor de historia que le reprobó a la mitad de la clase nada más porque le dio la real gana de hacerlo. El estacionamiento está vacío. Puro el auto al lado del ATM y bajo la ventana. El sol se ve medio escondido bajo el horizonte. Ya es la hora cuando el sol hace sus travesuras y les ciega a las personas que miran hacia al poniente. Tengo un presentimiento. Algo no anda bien. Tengo la sensación de que...

Una mano aparece de la nada entrando por la ventana y me agarra. Miro hacia fuera y veo la pistola que me amenaza. No tengo tiempo de hacer nada.

“Ni una santa palabra, puta, o te vuelo la cabeza,” la voz detrás del escuadro me advierte. Me siento mareada. No puede ser. No puede ser. Esto no me está pasando. Tengo que ir al cine. Tenemos que ir al cine, Jenny y yo. No puedo pensar. Siento el latido fuerte de mi corazón imponiéndose dentro de mi cabeza. Me estoy volviendo loco. Siento el ardor del miedo en mis mejillas.

“Apaga el motor puta y arroja las llaves por la ventana. Y ni una santa palabra o te mato.”

“Mira, te doy lo que quieras... Aquí tienes mi tarjeta de crédito...”

“Cállate puta y dame las llaves ahorita.”

Me quedo bien sentada sin moverme ni un dedo. Me paraliza el miedo. Mi cuerpo no responde a lo que lo ordena mi mente. Por fin, consigo arrojar las llaves por la ventana. La mano desaparece pero sólo por un segundo.

Alguien abre la puerta trasera y un hombre se sube al carro. La pistola reaparece apuntando a mi cabeza. Todo pasa en el abrir y cerrar de un ojo.

“Aquí tienes las llaves puta. Arranca el motor y maneja pero con cuidado. No quiero atraer la atención de algún mirón.”

“Llévate el carro o lo que quieras. Pero suéltanos, por favor.”

“Cállate puta y haz lo que te digo. Dobla a la derecha acá.”

“JJJones...Señorrr Jones. ¿Me puedes oír?” la voz viene del mundo de afuera, el mundo más allá de las gafas electrónicas. “¿Jones, cuántas veces tengo que decirte que no puedas moverte tanto? No sirve la curación así.”

“Eso es todo para hoy,” le interrumpe a la enfermera la voz ronca. “Vamos a continuar mañana. Parece que hoy no responde bien a la medicina. Estas cosas pasan de vez en cuando. Pues ni modo.”

¿Quién demonios es el señor Jones? Soy Susan. Susan Scott. No soy el hombre que fue condenando por el asesinato de las dos estudiantes universitarias. Él es otro. Soy Susan. Espera. Jones no mató a nadie. Es mentira. Es una trampa. No recuerdo a las muchachas. Nunca las he visto antes. Es mentira. Es la maldita terapia. Eso es todo. Dígales a ellos que soy inocente. No he matado a nadie.

La justicia electrónica se llama esta terapia. Básicamente, la idea es poner el criminal en el lugar de la víctima. Gracias a las computadoras todo esto ahora no sólo es posible sino que es una realidad. En casos de un asesinato, el cerebro del occiso está acoplado a una computadora para que todos los pensamientos y sentimientos de la persona puedan traspasar a la memoria de la computadora. Así las percepciones de la víctima son grabadas en la memoria de la computadora. Esto hace posible que la persona que cometió el crimen pueda “revivir” lo que vivió su víctima. O sea, después de ser condenado el asesino tiene que asumir el papel de la víctima y así sufrir las consecuencias de su delito igual que la verdadera víctima hubiera sufrido en la vida real como una parte de su castigo. Y todo esto ahora es posible gracias a la nueva tecnología y la llamada realidad virtual vía computadora.

Al principio había varias protestas contra este sistema. La gente tenía miedo de que tal sistema pudiera ser usado para quitarle a los acusados de un delito sus derechos bajo la ley. Es decir, la gente creía que había muchas probabilidades de abuso bajo el sistema. Pero las ventajas del sistema persuadieron a la mayoría de los ciudadanos que había una necesidad tremenda de tal sistema. Por eso, el uso de la realidad virtual como una forma de castigo llegó a ser muy frecuente especialmente en casos de asesinato. En tales casos, la gravedad del crimen justificó el costo de este tipo de castigo.

Se debe mencionar que hay varios informes de abusos y excesos con relación a este método de castigo. Existen personas que dicen que fueron inculpados por crímenes que nunca cometieron. Y también dicen que las memorias que supuestamente tenían de sus crímenes las pusieron en sus mentes los científicos aprovechándose del sistema. O sea, dicen que fueron engañados y castigados por crímenes con los cuales no tenían nada que ver.

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

Tengo yo que soportar dos años de “curación” por el supuesto asesinato de dos estudiantes universitarias. No lo hice. Juro que no. Es mentira. Nunca las había visto antes de ser arrestado. Carajo, soy inocente. Nunca he matado a nadie. No soy un mugre asesino. Soy Jones. Soy Susan. Soy...

“Señor Jones, te voy a conducir a tu celda ahora. ¿Me puedes ayudar a subirte a la silla de ruedas? ¿Puedes caminar?” La enfermera me ayuda a subirme a la silla de ruedas. Todavía sigo mareado y débil. No quiero moverme. Quiero descansar.

“¿Cómo te sientes, mister Jones?”

“Igual de fregado... pues muy mal.”

“Mira, te tengo que decir una cosa. No lo hice. Óyeme lo que te digo. De verdad, no lo hice. No puedo creer que hubiera hecho algo así. No soy tan gacho. Tienes que creerme. Te repito que no lo hice.”

“Me gustaría creerte mister Jones, de veras...Pero te veo durante las curaciones tendido allí gritando como si lo hubieras hecho.”

“Sí, pero es la computadora. No soy un asesino. La memoria del crimen sólo existe en la computadora. Es un fraude. Me tienes que creer.”

“Me gustaría creerte, de veras...”

“Me puedes hacer un favor. Créeme. Te digo la verdad. No las maté. Siento los golpes, veo la sangre, escucho los gritos...Es la computadora te digo...Es una locura. Me estoy volviendo loco. Todo es rojo...Todo es sangre, la muerte...No lo hice...”

“Te creo. Te creo. Apacíguate y trata de descansar. No puedes seguir así. Te vas a poner enfermo. Tienes que descansar. Te creo, te lo digo, okey.”

La enfermera me deja solo en mi celda. Hoy es un día especial. Hoy me toca a mí graduarme en cierto sentido. Me siento libre por fin. Hoy me voy a liberar de esta pena que llevo encima. Siento la soga alrededor de mi cuello. Me voy a ahorcar y así liberarme para siempre.

Me encuentro otra vez en el quirófano. A mí, me llaman Janet Fairbanks y soy, más bien, era enfermera. He estado en este cuarto miles de veces. Pero hoy la experiencia es distinta. Antes, venía acá para trabajar. Fue una chamba igual que las otras que he tenido a lo largo de mi vida. Pero hoy todo me resulta distinto. Hoy soy yo la acusada.

“Sujétala y acabemos de una vez por todas,” escucho la voz que me resulta tan familiar. Siento la picadura y el líquido tibio corre por mis venas. Es la misma medicina que he administrado miles de veces sin pensarlo siquiera. Me siento mareada y cansada también.

“Cuenta de uno a veinte por favor.”

“Uno, dos, tres, cuatro....”

Las imágenes y sonidos me bombardean. Veo a una enfermera. Está ayudándome a subirme a una silla de ruedas. Tengo que decirle que soy inocente. Ella tiene que creerme. Leo el nombre que está escrito en la placa de su uniforme. Dice “Janet Fairbanks.” Bueno, Janet Fairbanks tiene que creer que yo, Thomas Jones, soy inocente de este crimen. Voy a convencerle. Le digo que soy inocente. Ella no quiere creer. No me quiere escuchar. Ella me conduce a mi celda. Estoy harta de escucharte, ella me dice. Ella me está gritando. Me dice que va a acabar con mis quejas una vez por todas. Dice que está harta. Veo la soga en la mano de la enfermera. Me la pone alrededor de mi cuello. No tengo las fuerzas para zafarme de la soga. Tengo que liberarme. Me voy a liberar....

“Señorita Fairbanks, ¿me escuchas?” la voz me transporta otra vez al quirófano. “No te muevas tanto. Desenchufaste las cuerdas. ¿Me escuchas?”

Siento que algo me pica en el brazo. La voz me dice que cuente.

“Uno, dos, tres, cuatro....”